

IDEAS CERVANTINAS EN EL EPISODIO DE «LA PASTORA MARCELA» DEL «QUIJOTE»

DENTRO de la amplia galería de figuras femeninas que Cervantes presenta en el Quijote, siempre he sentido gran atracción e interés por Marcela, la bella y esquivia pastora, insensible a toda seducción, ajena a las impetuosas pasiones que en su entorno suscita su angelical hermosura, y causante, indirecta, de la muerte del joven estudiante Grisóstomo, quien al verse desdénado por Marcela y no poder conseguir su amor prefiere poner fin a su amarga, estéril y absurda vida.

Pero veamos de qué forma magistral Cervantes va preparando, paso a paso, toda la escenografía necesaria, junto a la presentación de los distintos personajes, a un adecuado ritmo, "in crescendo", similar a la moderna técnica cinematográfica, hasta llegar al momento culminante, al clímax máximo, conseguido plenamente con la aparición, encima de la peña, de la arrogante Marcela y del discurso que la bellísima joven dirige a los presentes, entre los que se encuentran Don Quijote y Sancho, exponiendo los motivos y razones de su genuina forma de ser y de pensar.

El episodio de Marcela y Grisóstomo (capts. XII, XIII y XIV, parte I), pertenece al género de novela pastoril, iniciado en España con la aparición de la "Diana" de Montemayor en 1558 ó 1559. Tipo de novela que alcanzó gran popularidad y que, en cierto modo, viene a reemplazar la boga, ya declinante, de los libros de caballerías, que es, precisamente, lo que Cervantes pretende: "deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el



vulgo tienen los libros de caballerías”, según indica en el prólogo, aunque tampoco podemos interpretar a la letra estas palabras cervantinas; el Quijote es mucho más profundo, más complejo y de unas dimensiones casi infinitas.

Cervantes ya había iniciado su andadura en el campo de la novela pastoril con “La Galatea”, escrita en 1585, siguiendo el modelo de Jorge de Montemayor y sin añadir nada sustancial. La acción es larga, los versos intercalados bastante mediocres —según indica Menéndez y Pelayo—, y el estilo muy cuidado pero desprovisto de la viveza y soltura de las novelas posteriores, en definitiva, el mérito de la obra es escaso. El mismo Cervantes, en el escrutinio que el barbero y el cura hacen en la biblioteca de Don Quijote, no la condena arrojándola al fuego purificador, pero tampoco la elogia ni habla bien de ella. Sin embargo, el pasaje de la pastora Marcela es sugestivo, rico en matices y todos los detalles, incluso los más pequeños, aparecen cuidados con gran esmero —como, acertadamente, señala Salvador de Madariaga—.

Cervantes inicia el relato de este suceso con la llegada de Don Quijote y su escudero Sancho Panza a las pobres chozas de los cabreros, cuando ambos estaban buscando cobijo para pasar la noche. Una vez satisfechos los vacíos estómagos, Don Quijote, entusiasmado por el ambiente pastoril que le rodea pronuncia su conocidísimo discurso elogiando la “dichosa y feliz” “edad de oro”. Terminado éste, un mozo, “de los que traían de la aldea el bastimento” cuenta el suicidio, por amores, del pastor estudiante Grisóstomo. Veamos quién es el infortunado amante. Se trata de un hijodalgo rico, vecino de aquellos lugares, estudiante durante varios años en Salamanca, de donde regresa a su tierra con “opinión de muy sabio y muy leído”. Cervantes detalla en qué consisten estos conocimientos: la astrología, “la ciencia del cielo, el sol y las estrellas”. Este fragmento se caracteriza por las continuas correcciones de vocablos mal pronunciados que Don Quijote —al igual que tantas veces a lo largo de la obra, hace con Sancho— corrige a Pedro, el mozo que relata la historia de Grisóstomo: eclipse por clis, estil por estéril, sana por Sarra... Grisóstomo también es compositor de coplas y villancicos “hacia los villancicos para la noche del nacimiento del Señor y los autos para el día de Dios”. Muerto su padre hereda una considerable fortuna, sin embargo, lo más importante, lo esencial, son sus grandes cualidades humanas y morales: buen compañero, caritativo y excelente amigo de todos sus conocidos. La semblanza de Grisóstomo tiene su prolongación



en Ambrosio, su íntimo amigo y compañero, estudiante que también se viste de pastor como él, y encargado de dar sepultura al cuerpo sin vida de Grisóstomo al pie de la agreste montaña, en el mismo lugar en el que, por vez primera, había visto a Marcela y donde, también, en repetidas ocasiones, había sido desengañado y desdeñado por la altiva doncella.

Después de pasar la noche Don Quijote y Sancho, el primero, como fiel caballero enamorado pensando en su señora Dulcinea, y el segundo, no como enamorado desfavorecido, "sino como hombre molido a coces", se unen al séquito que se encaminaba hacia el lugar del entierro. Uno de los acompañantes, llamado Vivaldo, al ver la extraña y rara indumentaria del hidalgo manchego, le pregunta por qué va armado de aquella manera; pretexto que le sirve a nuestro autor para ridiculizar, por boca de su principal protagonista, y con una gran dosis de humor, las historias y "fazañas" del rey Artus y los caballeros de la Tabla Redonda. Animados e interesados en este vivo coloquio llegan al paraje donde se están realizando los preparativos para el sepelio de Grisóstomo. Vivaldo lee unos versos escritos por el malogrado pastor y, al concluir, aparece, como una maravillosa visión, por encima de la peña donde se cava la tumba del infortunado amante, la pastora Marcela "tan hermosa que pasaba a su fama su hermosura".

Si antes lo hicimos con Grisóstomo, veamos ahora, con amplitud, cómo y quién es Marcela. Hija de un rico labrador llamado Guillermo, queda huérfana de padre y madre en los primeros años de niñez. Se cría y educa al lado de un tío suyo, sacerdote y beneficiado de aquel lugar. Crece la niña con gran belleza y a la edad de catorce o quince años "nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella". No obstante el recato y cuidado de su tío en guardarla, la fama de su hermosura, unida a las riquezas heredadas, se extendió por diversos puntos de la comarca. Numerosos jóvenes la requiebran de amores y piden en matrimonio, siendo todos ellos rechazados y manifestando, Marcela, que todavía era joven y no deseaba casarse. Es interesante destacar en este apartado —dadas las ideas imperantes de la época— el pensamiento cervantino, al presentarnos al tío —sacerdote y tutor de la joven— con disposiciones muy liberales respecto al matrimonio de su sobrina, pues, en ningún momento la obliga a que acepte un determinado pretendiente, sino que, en todo instante, la deja que actúe con absoluta libertad e independencia, siendo ella misma quien elige el



camino que mejor desea. Algo similar a la tesis expuesta —en el siglo XVIII— por Leandro Fernández de Moratín, en algunas de sus obras teatrales.

Marcela, vestida de pastora, abandona su hogar marchándose al monte a guardar su propio ganado con las demás zagalas de la aldea. Ejemplo seguido por muchos “ricos mancebos, hijosdalgos y labradores”, entre los que se encuentra Grisóstomo. A todos trata con cortesía y amistad, pero son inmediatamente rechazados en cuanto alguno descubre sus intenciones amorosas, siendo éste el motivo de los ayes, quejas, lamentos y desilusiones que, por doquier, en rumorosas cascadas esparce el viento.

Por último, Cervantes, en boca de la propia Marcela, y ante la atónita mirada de todos los presentes, nos habla con su habitual maestría y claridad de varios temas, de entre los que destacamos dos: los dones que generosa y gratuitamente regala la naturaleza y, el más importante, la libertad. Unos dones que pueden ser positivos o negativos; en este caso lo primero, reflejado en la gentil figura de la bellísima pastora, pero el hecho de que ella sea agraciada y, por esta causa, los jóvenes caigan rendidos a sus pies, no implica que tenga que corresponder a sus amores. ¿Y si en vez de ser perfecta hubiese sido fea? ¿Habría sido igualmente adorada por aquellos que le recriminaban su actitud? O, por el contrario, ignorada, sola y, en muchos casos, despreciada por los mismos que ahora la siguen hasta la muerte. Y otra de las ideas claras que flotan en el parlamento de Marcela es la citada anteriormente: la libertad. Marcela nació libre; para poder vivir libre escoge la soledad de los campos, siendo su compañía los árboles de la montaña y las claras aguas de los arroyos. Esta sensación, no cabe duda, forzosamente tiene que estar arraigada en Cervantes. Recordemos dentro su azarosa vida los largos años de duro y difícil cautiverio en Argel, intentando evadirse varias veces y poniendo su vida en peligro para salvar a sus compañeros. Más tarde vuelve a ser encarcelado al no poder pagar ciertos atrasos a hacienda. El mismo Quijote se cree que comenzó a gestarlo en la cárcel de Sevilla. Y junto a su precaria existencia las grandes dificultades económicas por las que atravesó durante gran parte de su vida; un motivo más para desear liberarse, para soñar, y, así, de este modo, vencer tantas decepciones, vicisitudes e incomprensiones.

No hay duda, pues, que este personaje del Quijote refleja con lucidez muchos aspectos del alma cervantina ayudándonos a comprender más al hombre que al escritor y, sobre todo, su figura queda revestida de nobleza y engendra en nosotros un movimiento de irresistible simpatía.

